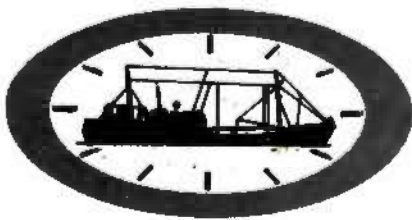




Jesús Vargas, ▲
capitán del F-15 y jefe
de la flotilla 3

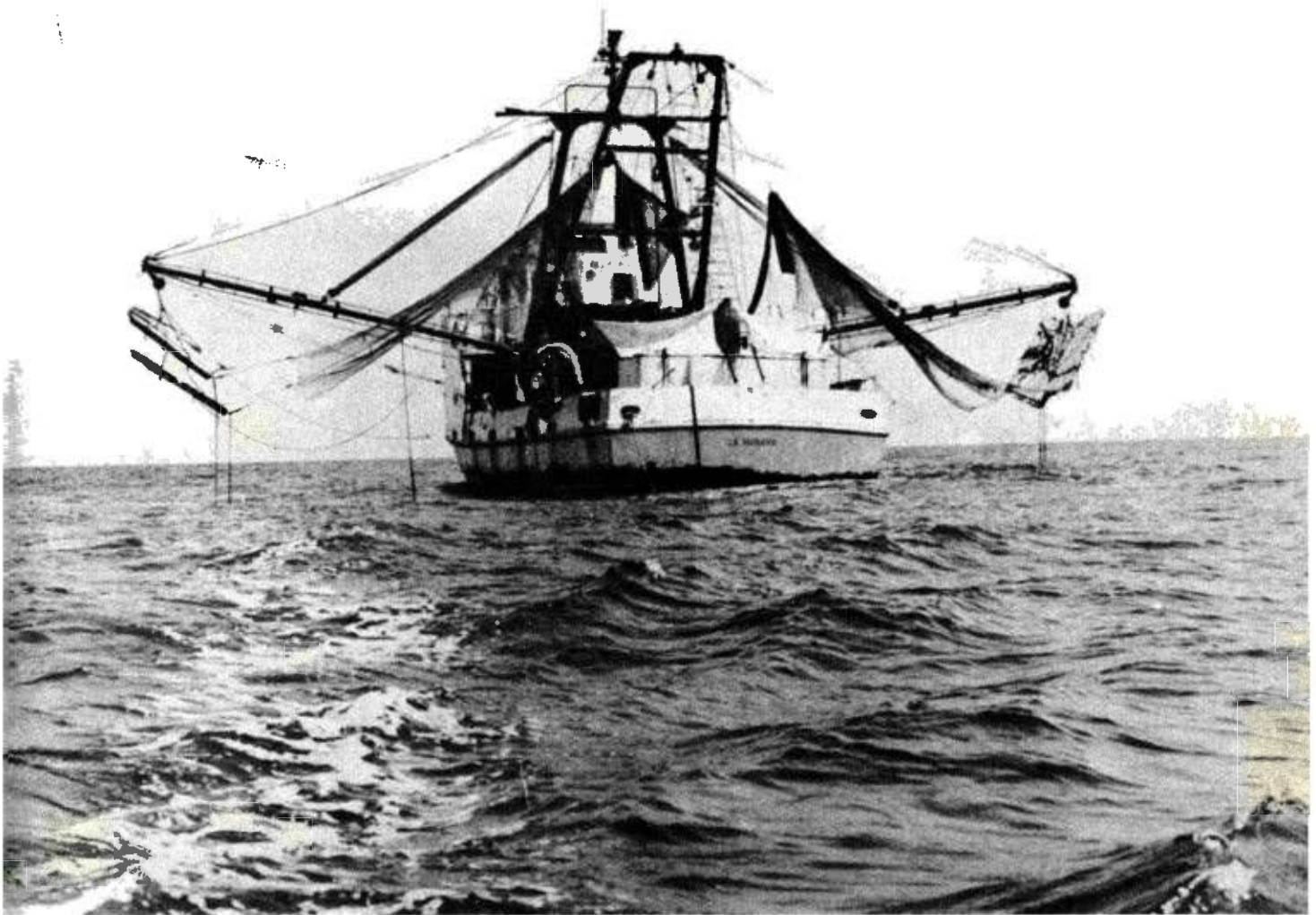
24 horas a bordo de un **CONGELADOR**

por Luis Úbeda
FOTOS DENNIS DELGADO



Del Banco de Pesca de Campeche se ha escrito mucho; pero mientras estén allí los hombres que hacen lo posible y lo imposible por desarrollar la industria camaronera de Cuba, habrá que seguir escribiendo de él y de ellos. Y resulta evidente que escribir de Campeche sin asociarlo a nuestras flotas camaroneras, es tan ilógico como comerse la cáscara y botar la masa... Pero el caso es que cada anochecer un puñado de jóvenes, conducidos por algunos veteranos —no tanto en edad como en conocimientos—, escriben en silencio, sin autobombo y sin espectacularidad, un pedazo más de esa historia que, unas veces con heroísmo y otras con abnegación, los marinos cubanos, sin proponérselo, aumentan y corrigen jornada tras jornada.

Por eso, para enterarnos mejor de lo que allí ocurre, es mejor ir y entrar en un camaronero cualquiera, conversar con sus tripulantes —columnistas, egresados de la Escuela Superior de Pesca, etc.—, convivir horas y días —preferentemente esto último— para reír con sus chistes y para tener la palabra de consuelo ante sus tristezas, comer de su misma comida y pasar las noches entre calar y levar el chinchorro, descolar camarón y, cuando el sol llegue con la mañana, sólo entonces ir a tirar el cansancio sobre el mismo lecho, en una atmósfera de viejos y penetrantes olores, ruidos de plantas generadoras y el ir y venir del cocinero en sus trajines . . . Y



.....

Extendido sus tangones, el congelador F-15 es balanceado suavemente por las olas de Campeche

esto cada 24 horas, cada 240 ó cada 1 400, buscando el camarón en cada palmo del fondo —lodo terrigeno para los amantes del más mínimo detalle— durante días con idénticos valores y significados al anterior o al venidero (salvo el instante de recibir la carta o el radiograma tanto tiempo añorado). Y si hay algo en esta historia que se debe poner en letras altas, es que son casi adolescentes quienes pulsan los mandos de las naves, las palancas del winche o las llaves de ajustes; son adolescentes que ya han alcanzado el estadio de hombres a fuerza de crecerse ante adversidades y tormentas sin cuento. Mas no se deje impresionar por sus aspectos, porque el hecho de sus ropas llenas de grasa y de roturas, o por gorras los brazos sucios y viejos de las enguatadas y por zapatos las botas desahuciadas por el uso y el salitre, no tiene la menor importancia. Antes de hacer cualquier observación en ese sentido, mejor es preguntarles cuántas libras arrojaron los lances de la noche anterior o cuántas semanas llevan en la zona; entonces, después de las respuestas —que bien pueden ser 500 lb y 5 semanas, por ejemplo—, cualquier impresión a primera vista estará condenada a transformarse por la fuerza de la realidad y de la vergüenza. Y podrá suceder, transcurrido algún tiempo, que camine usted tranquilamente por la acera y alguien se le acerque, le toque en el hombro y le diga sonriente: “¡Ey, amigo, ¿no se acuerda de mí?” Y sí, de momento usted no se acordará viéndole así, pelado, afeitado y bien vestido, pero después hará memoria y le recordará tal y como era a bordo del camaronero; entonces comprenderá cuán difícil es la vida allí, las muchas cosas a que tienen que renunciar mientras dura la campaña y cómo se transforman no bien ponen un pie en el muelle.

☉ Jesús, la navegación astronómica y algo más

La Laguna de Términos envuelve a Ciudad del Carmen y al resto del islote, separándolo de tierra firme, o sea, del Estado de Campeche; cada extremo de



Con la pértiga en las manos, Jesús el alto atrapa el cabo bobo



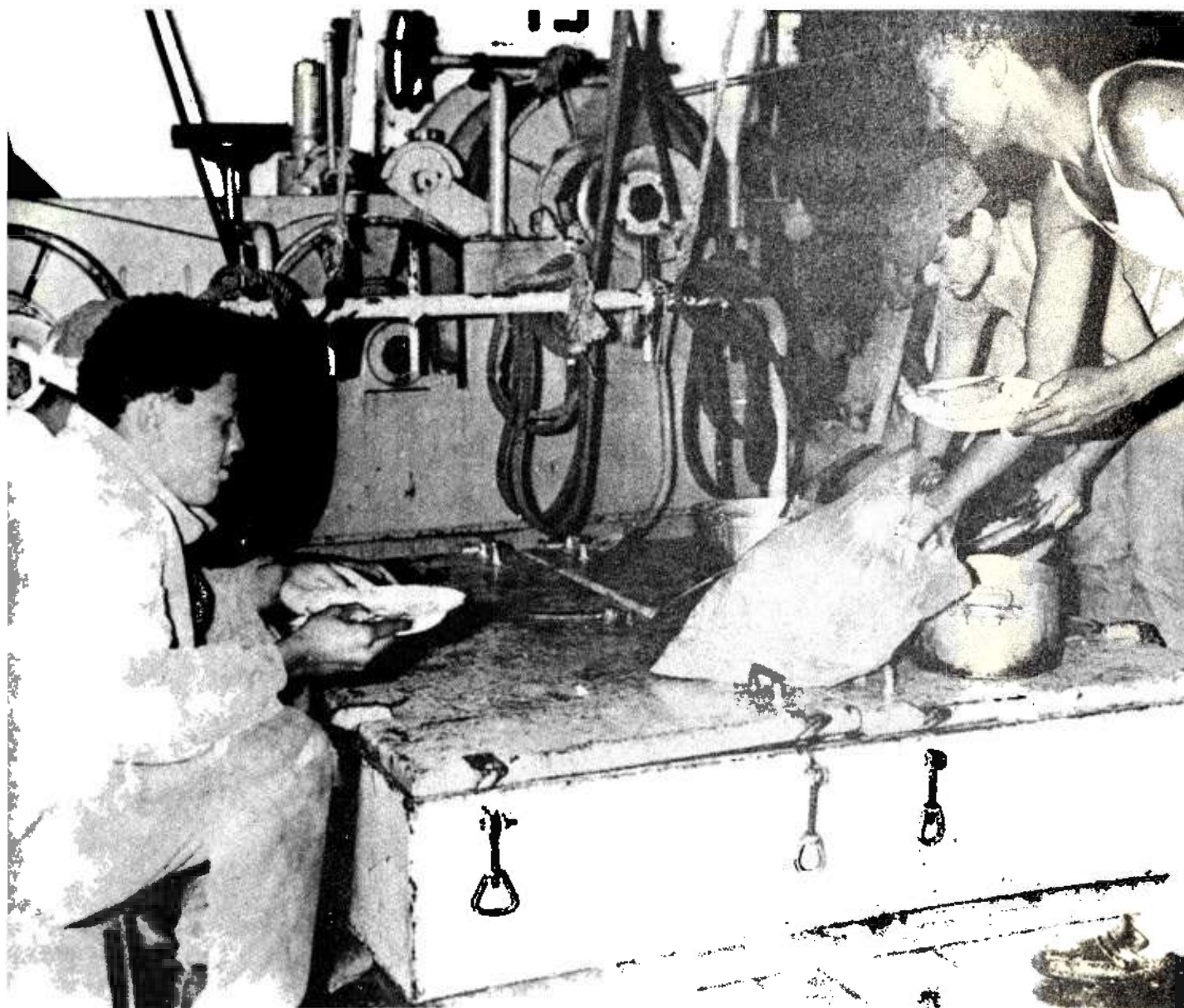
Francisco Ruiz, el radiotelegrafista, cambió el "vibro" por descolar camarones

Luego de calar el chinchorro, la comida se sirve en la popa



éste significa una vía de comunicación con el Golfo de México, penetrando con ímpetu en él las corrientes de los ríos Palizada, Chumpán y Candelaria y, junto con ellos, las bolas de camarón acaramelado y blanco. A 25 millas de distancia de ese lugar pescan las unidades de la Flota Camaronera del Caribe, de las que forma parte el camaronero congelador F-15 como jefe de flotilla. Jesús Vargas Barrios es el capitán del congelador F-15 y jefe de la flotilla, compuesta por los camaroneros neveros E-53, E-70, E-52 y E-59. Alto y delgado, joven, alegre y dinámico, Jesús resulta el clásico ejemplo del hombre enamorado de su profesión; a los anteriores calificativos une, de igual forma, los de seriedad, responsabilidad y sed de conocimientos, razones por las que los hombres bajo su mando le quieren y respetan.

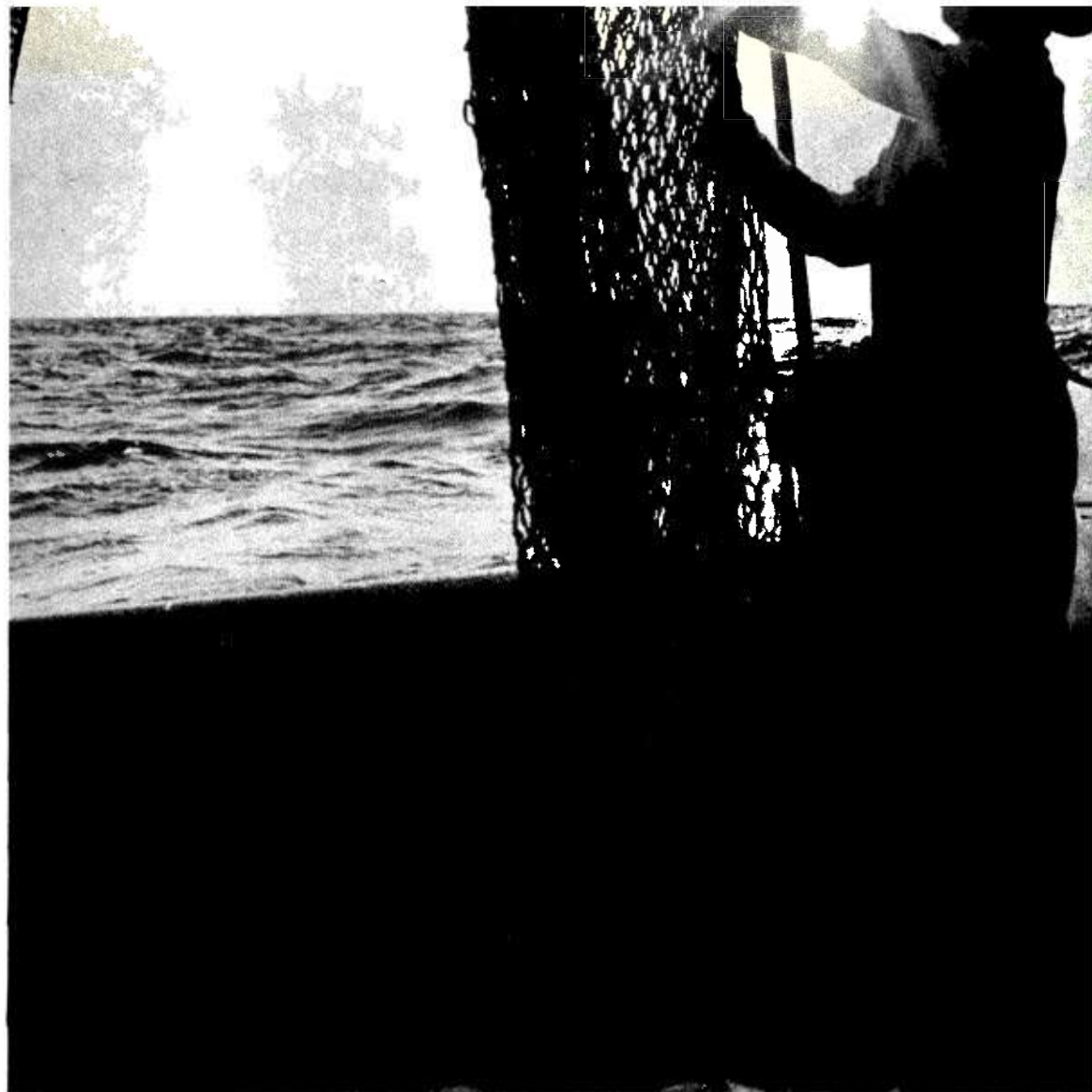
—Mi vida de marino —nos dice Jesús, luego de invitarnos a tomar asiento en el estrecho camarote— empezó en noviembre de 1965, fecha en que ingresé en la Escuela Superior de Pesca. Le diré, de paso, que en mi familia no había pescadores: por el contrario, mi padre trabajaba en las minas de Matahambre, ésas que están cerca del pueblecito de Santa Lucía, lugar donde yo nací hace 24 años. Como comprenderá, nuestros gustos eran bastante diferentes, y así fue como un buen día me vi estudiando para piloto de altura, con la satisfacción de obtener buenas notas en todas las asignaturas. Claro que, si le interesa saberlo, puedo decirle que la lectura de intrépidos marinos como Magallanes, Vasco de Gama y Colón, "me abrieron el apetito" por la astronomía y la navegación de altura, siendo precisamente en la primera donde obtenía las mejores notas y pudiendo llevar a la práctica la segunda en las dos travesías atlánticas que realicé para traer estos camaroneros a Cuba.



⊙ ¿a qué hora se duerme aquí, capitán?

El primer lance va a ser levado y Reinaldo, el tecnólogo de a bordo, corre a avisarle a Jesús; éste nos pide disculpas e inmediatamente va a ocupar su puesto ante los mandos del camarero, mientras llegan hasta la cabina los primeros ruidos de la maquinilla que, sin prisa, devora metros y más metros del grueso cable de los chinchorros; en breve todo será actividad febril y una mano experta traerá a la cubierta el "cabo bobo" para izar el copo; y después otras manos no menos expertas zafarán el complicado nudo, y la lluvia de camarones, jaibas, lenguados y muchas otras especies marinas inundarán la cubierta; el verdadero trabajo, el fuerte, habrá comenzado, y cada cual, haciendo equilibrio en su minúscula banqueta (**ACLARACION: el mar no ha dejado de moverse desde su origen**), descolará camarón hasta irritar la piel de los dedos índice y pulgar, y luego, por dos veces más, se repetirán los mismos trabajos, equilibrios y dolores a lo largo de la a veces estrellada y caliente noche de los bancos de Campeche.

Pero aún faltará algo: cuando al filo de las 7 de la mañana la cubierta haya quedado limpia de los desperdicios del último lance y el sueño se acumule en los párpados y obligue a los hombres a pestañear más de lo debido, desayunarán aprisa y dará inicio, entonces, al acopio de la pesca del resto de la flotilla, cuyos barcos se acercarán despacio por la popa y, por medio de fuertes sogas amarradas al cuello de los sacos, trasladarán el producto de sus lances nocturnos. Estos se verterán, de inmediato, en una tina con solución de bisulfito y agua a 3 ó 4 grados centígrados durante 5 minutos, para luego ser colocados



en tártaras con capacidad para 16 libras e introducidos en el túnel de congelación, a 30 grados bajo cero, por espacio de 4 horas. Y en medio de este trajín (recuerden que le acopian la pesca a 4 barcos, y el que menos siempre trae alrededor de 250 lb de cola de camarón), la mañana se habrá transformado en mediodía, y bajo el protector toldo los hombres comerán su bocado y descansarán un poco; pero ya sobre las dos de la tarde habrá que sacar las tártaras de camarón congelado y envasarlo en cajas de 40 libras, depositándolas a continuación en la bodega de mantenimiento (con capacidad para 70 000 libras, aproximadamente), y sólo después de un par de horas más invertidas en estas labores, cada cual regresará a la comodidad de su litera y podrá sumar, a las anteriores, dos horas más de ininterrumpido sueño. Pero con el ocaso del sol, que invariablemente ocurrirá alrededor de las 6 y media, el rugir del Boudín de 375 c/f hará volver de su descanso a los pescadores, enfrentándolos con la realidad de todos los días... esa misma realidad que no todos tienen condiciones de llevar adelante, pero que quienes sí la saben llevar lo hacen con sencillez y modestia, mereciendo con más razón nuestro sincero respeto... y orgullo, ¿por qué no?, de ser cubano como ellos.

🕒 francisco: sus dedos en el "vibro" o en el camarón

Francisco Ruiz Briñas es muchas cosas a bordo del F-15: radiotelegrafista, militante del Partido desde los 24 años (ahora tiene 28), descolador experto y buen compañero.

Francisco siempre tiene a flor su sonrisa de blancos dientes como el día,



Las colas de camarón son pesadas para su posterior congelación

◀ Amanece en Campeche y, tras dejar acondicionada la red para la noche, los hombres seleccionarán la captura

.....

contrastando con su oscura piel como la noche; si alguien duerme poco a bordo de este camaronero es él, pues entre lanzar al éter los partes de producción diarios de la Flotilla 3, los cables para familiares y amigos, recibir de tierra órdenes y respuestas, trabajar como el que más en el proceso del camarón y leer con apetito voraz cada papel impreso (llámese libro, revista, o bien la hoja suelta de un periódico atrasado), el día le va resultando demasiado corto a este simpático compañero que, con ésta, lleva 4 campañas en los mares inquietos y amigos de aquí.

Pero 24 horas pasan demasiado aprisa cuando se está en un ambiente de constante trabajo, y el regreso a nuestro punto de partida (la M/N El Cocal) es anunciado por el tap-tap-tap del motor de la lancha que viene a nuestro encuentro, confundiendo la blancura de su casco con las explosiones de espuma que brotan en su proa a consecuencia del fuerte oleaje.

No sin dificultades descendemos a ella; el mar juega caprichosamente con su silueta, y hay que esperar a que el efecto de una ola la haga subir casi al nivel de la barandilla del camaronero; salvado esto, nos alejamos lentamente (tenemos la marejada por la proa del F-15 y sus 11 tripulantes, 11 hombres enfrascados en una campaña que bien podrá durar dos meses . . .). Mas, en el corto tiempo convivido con ellos, nos hemos convencido de que con pescadores como Jesús, que ha descolado en un lance hasta 40 lb de camarón, o Francisco, Reinaldo, Edmundo el cocinero o el jefe de máquinas Leiva y los restantes tripulantes, está garantizado el éxito de esta misión, tan esforzada como fecunda, o sea, la de pescar ese valioso crustáceo noche a noche en las verdiazules aguas de Campeche . . .